

Primer premio

Título: De todo en su interior

Autora: M^a Dolores Corbalán Canteras (Madrid)

En invierno le gustaba pasear por las calles de su pueblo y visitar los pequeños comercios familiares, donde siempre podía encontrar algún producto tan útil como entrañable.

Aquella tarde llamó su atención una tienda con “de todo” en el escaparate, una mezcla de ferretería, droguería y lencería. Acercando su nariz a la puerta no pudo evitar entrar, se le antojó que visitar el interior iba a merecer la pena, y no se equivocó. Este lo protagonizaban una mezcla de olores limpios y dos mujeres que la miraban desde una mesa camilla recibéndola con espontánea familiaridad y, al momento, se vio arropada por las faldillas de la mesa, el brasero y su conversación.

Cuando salió, llevaba consigo la historia de esas dos mujeres que, desde muy jóvenes y, por los avatares de la vida, día tras día, ofrecieron a los paisanos su atención, su sonrisa y su mesa camilla. Forjaron así una amistad y un compañerismo que se ha alargado hasta su cercana jubilación.

En el camino de vuelta a casa, al pasar por la librería se detuvo una vez más a admirar las estanterías con novelas, cuentos, material escolar, objetos artesanos, y otros atractivos; una gran labor organizada con exquisitez y buen gusto por otras dos mujeres que habían unido sus inquietudes, su cariño y sus vidas para repartir cultura y belleza en un rincón del mundo.

Pequeñas cosas hermosas también hacen grandes mujeres, y viceversa.

Segundo premio

Título: Ella nació para casarse

Autora: M^a de la O Guillén Sánchez (Murcia)

A Juana la enseñaron a cocinar, a coser y a guardar silencio. Al colegio fue lo justo. Ella por su cuenta aprendió a pensar y a guardar con celo sus pensamientos. Se casó con un hombre de cuerpo grande y cabeza pequeña, su estómago era una alcoholera y las manos cíclopes cayendo sobre la piel de Juana. Acurrucada en un rincón mitigaba los golpes memorizando palabras. Luego las metía en una caja que ponía en la alacena, pero no se resignaban a la oscuridad y empujaban con fuerza para salir. Un día, antes del amanecer, Juana quitó la tapa y las palabras titilando con el fulgor de las estrellas comenzaron a volar. La mujer las iba enhebrando para hacer poesías, después las amontonaba en el hueco secreto de su cuerpo adonde guardaba lo que nadie debía saber. Pero los golpes reventaron el cobijo y una amalgama de poemas comenzaron a salir. Juana, los aprisionaba un instante y con su voz pequeña entonaba un poema que se enredaba entre los dedos del hombre y, como si de una poción mágica se tratara, su corpachón comenzó a menguar y cuanto más fuerte cantaba ella más menguaba él.

Tercer premio

Título: La Pescaora

Autor: Juan Ramón Fernández Gil (Bullas)

Tejera, calle de la *Villa de Bullas* en la posguerra, de gentes humildes y laboriosas, enlaza a la carretera comarcal para desaguar en la semicircular Puerta Ginesa. Allí, vivía una mujer solidaria, justa, familiar, inteligente y directa, de cabello moreno plateado por canas recogidas en las horquillas de un moño que la representa, ojos grandes refugiados en sus lentes con una sonrisa cómplice y sincera. Vestía tonalidades sombrías en camisa, rebeca y falda, ésta por debajo de la rodilla con medias negras, más el delantal de costurera y esa abrigadora toquilla acoplada sobre sus hombros como la seda.

Antonia con esposo enfermo, dos hijas mocitas hábiles y despiertas, resistió la vil pérdida de sus viñedos a manos del otro bando de forma abusiva y funesta. Jamás dudó en combatir la sinrazón del temeroso silencio impuesto, la explotación servil de las mujeres en sus largas y precarias faenas o la discriminación por sus jefes o parejas. Todo, con el objetivo: “Lograr la unión de las mujeres y, aunque los ideales de la razón fuesen por detrás de la realidad, luchar en cambiar la realidad de esa desigualdad social manifiesta”.